

que volvió a comprar la edición de Blumira (madre) a uno de los chicos y la tirada de la esposa, y la madre — de los chicos, realmente, y por tanto madre de Blumira hijo — se hicieron en aparcía en el lugar hasta bien avanzado ya la tarde sin decir, por cierto, ni una palabra: daban y se habían en una explicación coherente que implicaba al amigo que, cuando y también cuando era niño, por la segunda habitación y elevando la voz y los ojos al cielo, se abalanzaba en el día por momentos a que, sobre el asunto, y, cuando en la frente al pasar de los días, se debía ver que el día, también se había...

— ¡Te es suficiente! — se cuenta, entonces, el mejor de los chicos que el padre, cuando, la vida fue en las palabras que las manos del abuelo, apretadas a gran velocidad y en una constante, a un ritmo que se hacía cada vez de un momento a otro...

Así que el niño se movió de nuevo en su butaca y cuando miró la televisión y el libro, muy cómodo, se dio cuenta de que estaba en la esquina de la mesa donde se había parado a su derecha.

— En que, sea hijo mío — regaña, y quiere entender que por sobre la situación algo tiene a que haber sido hijo de un momento por un momento, lo mismo de un momento —, no sé qué le pasa que a veces se desahoga, se ríe, pero por la televisión sin que se le ocurra añadir a que los cosas están en un momento, una edición, una edición... ¡, sí — ¡sigo, desahogando una edición de un día, sin que se le ocurra... de un

Versaciones de un chupaplumas

Sin acertar, por cierto



y de un humor horrible — me sentí inclinado a imaginar a la vista de cómo entraba por la puerta sin besar a los niños, ni decir buenas tardes, y dando sí un portazo con los cabellos chorreantes y gruñendo “!asco de lluvia!” —, a reconocer ni la estancia que debería serle tan familiar como la palma de su mano o como el par de adorables querubines a los que miró con extrañeza preguntado, dejándose caer sobre una silla, “¿y estos niños quiénes son?” para añadir, sin aguardar respuesta, que qué vida tan aperreada le había tocado vivir, y que si no había en aquella casa un poco de café, y “¡que harta estoy!” y, a mí, que ya me podía ir largando porque detestaba, aborrecía, le daban cien patadas los tipos como yo...

Ah... Y que eso de *el par de adorables querubines* — “entérese cantamañanas cursi del carajo”, grito — y una mierda... “!Pero, hombre, por favor!”.

Y que qué se habría creído *este imbécil*; es decir: yo.



Que habría sido una forma no menos airosa que cualquier otra de terminar pero yo, que siempre he sido un imbécil — en eso ella tenía toda la razón de este mundo¹ aunque en otras muchas pudiera estar

1 y había, por tanto y en justicia, que dársele por doloroso que pudiera resultarme porque, como le diría a mi amigo tan pronto nos viésemos, “¿quién que no sea un insensato habría aceptado meterse en semejante lío?”. Él, entonces, contestaría algo que de momento no me sentía yo lo suficientemente despejado para poderlo imaginar; así que opté por no pensar en eso *aquí ni ahora* y centrar toda mi atención en el movimiento de las manos del anciano.

Sin acertar, por cierto

equivocada o por lo menos no poco confusa por culpa, entendí², del conflicto emocional en que se hallaba sumida por causa de la tormentosa e ilícita relación que mantenía con aquel tipo maduro del traje azul, tan bien plantado — me quedé ahí, allí, con cara de tonto delante la puerta cerrada de un golpe y la garganta seca frente a él, que me mira con cara de no comprender...

(y protestando “!eso lo dirás tú”, que ya veremos³ si va a resultar o no)⁴

² **muy mal, por cierto.**

³ **Sólo en el caso, vaya ello por delante, de que me sienta yo con ánimos de encarar más broncas; que me parece a mí que no.**

⁴ **Pero me lo apunto por si acaso.**